

Matías Najar

#elpeladordepapas

Performance. Duración: 3hs

Muestra colectiva Acampe- Proyecto PAC Rosario

coordinado por Gabriela Gabelich

Galería La Toma, Rosario.

10-03-20

Dicen que cuando las plantas de la papa florecen, brotan flores de cinco pétalos que colorean los campos como gordas estrellas púrpuras. Según algunos relatos, a María Antonieta le gustaban tanto las flores que se las ponía en el pelo. Su esposo, Luis XVI, le puso una en el ojal, inspirando una breve moda en la que la aristocracia francesa se paseaba con plantas de papa en sus ropas.

Desde afuera y a primera vista, esta pieza se podría enmarcar como parte de un florecimiento de la performance que se viene dando en el circuito de arte joven en los últimos años. Observando más detenidamente, se percibe que es algo más; es el resultado de una procesión íntima. La obra, así como lo hace el tubérculo, maduró dentro del artista con el pasar de los años y lo que vieron quienes asistieron a La Toma el 10 de marzo de 2020, es el corolario. Sacar afuera mediante un gesto mecánico lo que se había hecho carne durante años: pelando papas. Primer escalón para quien comienza a trabajar en una cocina, actividad no apta para quien le disguste estar en contacto con la tierra.

Con lo sucio, los restos, la cáscara.

Llegar al centro, limpiar, depurar.

Moldear.

Con riesgo de heridas.

La papa, uno de los alimentos milenarios más extendidos en el mundo entero. Parte de la cotidianidad de los pueblos ingleses, irlandeses, escoceses... Alimento básico en gran parte de Europa, de los Andes. Papa asada, frita, cocida, en chips, rellena, hecha puré....cruda. Desnuda, como quien se enfrenta a un público sin más accesorios que un banquito y algunos pelapapas que se van desafilando ante tamaña tarea. #Elpeladordepapas se nos presenta desnudo pero cubierto; de recuerdos, traumas, vivencias, alegrías y nostalgias. Visualmente, pareciera que el peso del recuerdo se aliviana cada vez que Najar aumenta la pila de cáscaras junto a sus pies.

La luz focalizada nos hace pensar en que podríamos inmortalizar la imagen en un cuadro, como *El pelador de patatas* (1885) de Vincent van Gogh. El olor de las cáscaras nos interpela tan solo bajar por las escaleras al subsuelo de la galería, antes de ver nada. La desnudez, marca la escisión entre lo público y lo privado. Estamos frente a un ritual en el que se nos permite mirar y oler. Nos han invitado a un banquete.

Celestina Farroni